

# Crisis de la calidad de la enseñanza superior

## Problemas y desafíos ante la incertidumbre

Miguel Angel Escotet  
Florida International University

---

### Resumen

*Este artículo tiene por objeto realizar un análisis de los problemas confrontados por la educación en su esfuerzo por mantener la calidad y los retos que se plantean en ese aspecto en una época de incertidumbre. El primer gran desafío afecta a la propia cultura universitaria, a esa relación profesor-estudiante que forma parte de la cultura genuina de la educación: aprender a generar y compartir el conocimiento. En este sentido, se enfatiza la necesidad de lograr constituir una comunidad de aprendizaje que integre a todos los actores universitarios, lo cual requerirá de un cambio de actitudes y valores que imperan en la cultura universitaria de hoy. El otro gran desafío para el logro de la calidad integral reside en la creación de una relación estable entre universidad y sociedad. El sistema universitario no tiene muchas alianzas estratégicas con el sistema productivo que permita la creación de un espíritu de compromiso y colaboración entre ambos sistemas y se destaca la necesidad de consolidar ese conjunto de alianzas. Se concluye señalando que la gran transformación profesional exigirá un mayor nivel interdisciplinario, una revitalización del grupo de disciplinas relacionadas con las esferas éticas y estéticas y un cambio total de actitud en profesores y estudiantes al pasar de una educación terminal a una educación permanente: es decir, el profesional del futuro estará atrapado de por vida en la educación, y educación y trabajo irán de la mano y no una a expensas de la otra.*

### Palabras Claves

ENSEÑANZA SUPERIOR; CALIDAD DE LA EDUCACION; CRISIS DE LA UNIVERSIDAD;  
EDUCACION PERMANENTE; RELACION INDUSTRIA; EDUCACION SUPERIOR.

Vivimos en un período histórico de profundas transformaciones sociales sin que existan uno o varios horizontes utópicos hacia donde dirigir el esfuerzo transformador de la juventud emergente. La sociedad avanza a un ritmo muy superior al de sus propias estructuras. La universidad reacciona por detrás de los acontecimientos.

La universidad contemporánea debe reconocer y actuar en consecuencia con la diversificación de las sociedades en el mundo, la composición cada vez más multicultural de éstas, las características de la masificación, las estructuras de comunicación de información, la incorporación de tecnologías en la vida cotidiana, la reducción de la distancia entre lo público y lo privado, el acceso de los ciudadanos a formas de búsqueda del conocimiento distintas de las que ella emplea, las nuevas dimensiones del trabajo basadas en la capacidad de iniciativa personal y colectiva y en la corresponsabilidad de las decisiones, la interdisciplinariedad de los puestos de trabajo y la movilidad permanente de los perfiles profesionales, la movilidad geográfica y cultural, la mutación sin pausa de la sociedad definida por la incertidumbre y la complejidad, y la reducción del Estado-nación por superestructuras regionales, económicas y sociales. Todo ello conforma una globalidad epistemológica a la que se ha venido llamando explosión del conocimientos.

El siglo XX ha sido un siglo de certezas y la universidad produjo con vehemencia verdades absolutas. Al estudiante se le ha estado formando para un mundo inmutable y predecible a pesar de que el corazón y el cerebro intuían cambios profundos y enormes agujeros negros. Sin embargo, a través de la extraordinaria contribución de investigadores del relieve de Ilya Prigogine se perfila un nuevo siglo con concepciones menos dogmáticas. Somos parte de un mundo plural, diverso y multicultural que lleva en sus adentros en forma dialéctica el determinismo y la aleatoriedad, la linealidad y la no linealidad, la reversibilidad y la irreversibilidad, la certeza y la incertidumbre. Esto obliga al hombre educado a ser capaz de lograr la aprehensión de la realidad en la búsqueda de la utopía.

La enseñanza superior está muy lejos de alcanzar estos objetivos. Tanto los llamados países del Norte como los del Sur, tienen a su universidad en crisis. Desde lo cuantitativo a lo cualitativo. Por supuesto, esta crisis afecta más a los países en desarrollo que a los desarrollados, especialmente en los recursos disponibles y en relación con las tasas de escolarización. La diferencia de estas tasas se ha incrementado en sólo una década en 6,8 puntos en favor de los países más desarrollados. Mayor asimetría se encuentra entre algunas regiones, como por ejemplo África, que es la región del mundo con mayor crecimiento anual de estudiantes universitarios (7,5) pero con una tasa ínfima (2,5%) y América del Norte, con el menor crecimiento de estudiantes (1,6) pero con la mayor tasa de escolarización (77,3) (véase tabla 1). Quizá, la diferencia cuantitativa más notable estriba en que mientras a las instituciones de educación superior del Norte o de

países desarrollados les cuesta mucho menos cada estudiante en relación con el producto interior bruto (PIB) (0,5 unidades del PIB per cápita), las universidades del Sur o de países en desarrollo necesitan casi duplicar ese esfuerzo (0,9 unidades del PIB per cápita). Pero lo que es más grave es que ese 0,9 del PIB representa solamente 651 dólares de inversión en términos absolutos, mientras que el 0,5 de los países desarrollados representa 6.520 dólares por estudiante. Esto quiere decir que como promedio, para un país pobre, gastarse 651 dólares en educación superior le exige un sacrificio doble que para un país rico invertir 6.250 dólares. (Véase figura 1). Se puede decir que cuanto mayor es la base de pobreza de un país, mayor es el costo relativo por estudiante y mayor el esfuerzo en el presupuesto nacional en relación a los países ricos. Esto se refleja para estos países, en grandes bibliotecas, sistemas tecnológicos de vanguardia, centros de recursos para el aprendizaje, mayor apoyo a la investigación, mejores laboratorios y talleres, mejores sueldos de profesores y otros gastos, y a veces gastos suntuarios como verdes campos que consumen grandes cantidades de agua, desperdicio de papel con cientos de miles de boletines impresos, publicidad, memorandos, etc. que contribuyen al agotamiento forestal y a la contaminación del medio ambiente.

¿Pero esta otra cara de la opulencia con diez veces más de inversión por estudiante determina que los graduados universitarios tengan una preparación al menos diez veces mejor? Esto es, por lo menos, lo que nos diría el sentido común. Sin embargo, la verdad es que la respuesta es negativa en la mayor parte de los casos. La enseñanza universitaria es por lo general tan mala en uno como en otro sitio del planeta. Unos porque tienen escasos recursos y otros porque son hijos de las sociedades del desperdicio y se muestran displicentes ante los recursos que la sociedad pone en sus manos. En la emigración académica hacia los Estados Unidos, por ejemplo, se observa que una importante cantidad de profesores e investigadores provienen de sociedades en desarrollo, las cuales teóricamente deberían haberles proporcionado una formación mucho más débil frente al enorme aparato académico y financiero del sistema estadounidense. Pero no es así, compiten profesional y científicamente sin mayor problema. El resultado en la formación universitaria es equiparable en muchas áreas. La movilidad de profesionales no viene dada solamente por la calidad, sino también por la necesidad de puestos de trabajo y por la búsqueda de mejores oportunidades para la investigación o el desarrollo profesional. Considérese por ejemplo los casi 30.000 profesionales africanos con doctorado que trabajan en países de Europa y América del Norte. Los miles de profesionales latinoamericanos y asiáticos que trabajan en los Estados Unidos. Según Angell y Kouzminov se calcula que al comienzo de esta década existían alrededor de un millón de profesionales emigrados a países desarrollados en los último 30 años, cifra que ha crecido considerablemente en los últimos cinco años. Es decir, que ni la calidad es tan diferente entre el Norte y el Sur, ni los recursos financieros son la única base para el mejoramiento del sistema. Sí existe asimetría en términos de cantidad o en el acceso a oportunidades.

Pero en el fondo, la cultura de la universidad se parece mucho en todos los países. Las grandes asimetrías no están precisamente en el "ethos" sino en los recursos que tienen a su disposición. Por ello, la crisis universitaria está centrada tanto dentro como fuera de la propia institución. No se le puede pedir aquello que no puede dar. Por ejemplo, se dice que la universidad no está formando el tipo de perfil que demanda el mercado laboral. La tasa de desempleo universitario en Europa se mueve aproximadamente entre el 5% y el 18% según el país, y esto sin contar con una gran mayoría de licenciados que trabajan en áreas laborales ajenas directamente a su ámbito de formación universitaria. Sin embargo, estudios sobre potenciales empleadores de los graduados universitarios han demostrado que desconocen el tipo de profesionales que se necesitarán dentro de diez o más años, tiempo promedio para la formación secundaria y universitaria de un profesional.

La universidad, por otra parte, ha vivido muchas veces a espaldas de la sociedad, del sistema productivo y del propio sistema de ciencia y tecnología.

Pero los problemas de la universidad son también los problemas de la sociedad. Existe una corresponsabilidad entre una y otros. Como también existe corresponsabilidad entre el subsistema de educación media y de educación superior. La corresponsabilidad afecta también a la propia cultura universitaria, a esa relación profesor-estudiante que forma parte de la cultura genuina de la educación: aprender a generar y compartir el conocimiento.

Pero, aquí radica la mayor de las crisis. Por un lado, la constitución de una aristocracia de la educación: el profesor universitario; por otro, un estudiante que busca más las certificaciones profesionales que el aprendizaje. Estudiantes que quieren estudiar una carrera a la carrera. Buena parte de la crisis de la calidad de la formación universitaria tiene como trasfondo esta dicotomía: la crisis de relación entre el sujeto que enseña y el sujeto que aprende. Una universidad en la cual profesores y estudiantes deben ser ante todo aprendices permanentes y en donde los programas de estudio se diseñan, modifican y transmiten día a día en función de las innovaciones, nuevos conocimientos y nuevas tecnologías de enseñanza y aprendizaje. Es indispensable también que los programas tengan contenidos en función de lo que el sujeto que aprende "debe saber" y no en función de lo que el sujeto que enseña "sabe" o "cree saber". Esto obligaría a los "docentes" a estar permanentemente en renovación de teorías, técnicas o procesos y en total relación con la generación de conocimiento que se produce dentro y fuera del contexto universitario.

Por tanto, este cambio que tiene que autoimponerse el profesor introduce una relación totalmente distinta con el estudiante, dado que transforma una filosofía educativa, en donde el aprender y el enseñar son una aventura compartida, fascinante, intrigante, necesaria, en vez de autoritaria, fatigosa y aburrida. La universidad respondería así, a lo que se pretendía en sus orígenes: una comunidad de "scholars", de aprendices, una gran familia del conocimiento.

Sin embargo, la universidad ha dejado relegado al sujeto que aprende. Hoy se planifica antes que nada en función del cuerpo académico, más corporativista que académico. Los espacios físicos, los sistemas de remuneración, los programas de estudio, las estructuras, la organización del tiempo y otras dimensiones de la vida universitaria responden preferentemente a las necesidades del docente, y del administrador pero no necesariamente a las de la docencia. Esto último se aplica al Norte y al Sur, al Este o al Oeste. En algunos países desarrollados este comportamiento está todavía más vigente. Por ejemplo, es de sobra conocida la práctica de muchos profesores de utilizar a sus estudiantes para la propia elaboración de sus investigaciones, libros, artículos. Pero el nombre de estos colaboradores -muchas veces autores principales-- o no aparece, o se le da un segundo lugar o no ocupan en la publicación el lugar destacado que merecen en función de su trabajo; otras veces, simplemente se les agradece en letra pequeña en las oscuras páginas de una introducción. ¿Hacia dónde está centrada esta práctica? ¿Hacia el profesor o hacia el estudiante?

Este tipo de comportamiento, de esclavitud intelectual, de "racismo" académico está en contra de la misma esencia que define a cualquier situación de enseñanza aprendizaje, cuya primera regla es la ética, la honestidad y el respeto al otro. Lo más grave es que a esta cultura centrada en el sujeto que enseña se está dando paso a otra todavía más peligrosa para la supervivencia de la genuina enseñanza universitaria: la cultura centrada en el sujeto que administra. Una universidad que empieza a estar dominada por administradores, estructuras burocráticas, estructuras de gestión y formas de gerencia que equiparan a una institución difusora y generadora de conocimiento con una empresa productora de detergentes. Y es que no se puede comparar estrictamente a una universidad con una empresa, ya que no es lo mismo manejar mercancías, que se mueven en el corto plazo del mercado, que gestionar procesos de transferencia y creación del conocimiento, que se mueven en el esquema de medio y largo plazo.

Regresar a una comunidad de aprendizaje que integre a todos los actores universitarios debe ser el objetivo primordial para empezar a superar la crisis. Mientras no se cambien las actitudes, los valores que imperan en la cultura universitaria de hoy, difícilmente la universidad podrá superar la crisis de formación y pertinencia.

El otro gran desafío para la calidad integral refiere a la creación de una relación estable entre universidad y sociedad. El sistema universitario no tiene muchas alianzas estratégicas con el sistema productivo que permita la creación de un espíritu de compromiso y colaboración entre ambos sistemas. Este sistema de alianzas debería ante todo orientarse a:

1. La participación total de los sectores de la economía en los programas de investigación básica y aplicada de la universidad.

2. La participación de los especialistas del sector productivo en los programas y cursos utilitarios de la universidad.
3. Insertar la universidad en un sistema de educación permanente y de formación continua dentro de la empresa u otras áreas de trabajo.
4. La relación de los sujetos que aprenden -el profesor y el alumno- con el mundo del trabajo y la cohesión social.
5. La ampliación de los ámbitos clásicos de cooperación universidad - empresa a los dominios del sistema de valores y de las industrias culturales.
6. La participación en programas de servicios y proyectos comerciales como respuesta a la socialización del mercado.
7. La financiación de programas como compensación al desarrollo de patentes, propiedades de procesos tecnológicos y *copyrights*.
8. El retorno económico de la empresa a la universidad según el número de profesionales universitarios que tiene y utiliza.
9. El compartir la infraestructura científica y tecnológica para mejorar la calidad y acelerar los procesos de transferencia.

Pero ninguna estrategia de cambio universitario que busque la calidad puede funcionar a mediano o largo plazo sino se transforma el propio sentido de orientación de la educación superior frente al desafío de la explosión del conocimiento, a la que nos referíamos antes. La universidad mediante programas, currículos, sistemas presenciales y no presenciales y esquemas interdisciplinarios debe contribuir directamente a hacer frente a las revoluciones del conocimiento como las llamaría Harlan Cleveland. La universidad debe integrar en forma interdisciplinaria el "saber qué", el "saber cómo", el "por qué", el "saber quién" y el "para qué" La interdisciplinarietà debe dirigirse hacia la comprensión de lo "otro" para poder profundizar en lo "propio". Las respuestas a las dos primeras preguntas se manifiesta en la revolución del poder explosivo, la fisión nuclear hoy todavía orientada hacia la guerra y que debería derivársela hacia la cultura de la paz; en el cambio global dentro del concepto de desarrollo sostenible; en la biotecnología para transformar la relación entre bienestar y miseria; el mundo de la comunicación como instrumento para acercar interactivamente las personas y los pueblos y dar acceso a formas de compartir el conocimiento. Las respuestas al "por qué" y "saber quién" están entre las revoluciones del sistema de valores. Es decir, la ética ecológica como preservación de la diversidad en el medio ambiente y en formas cognitivas de autocontrol del hombre; la justicia que converge en el respeto a los derechos humanos, en la solidaridad, en la justicia social y en un profundo respeto a la libertad; la identidad cultural como forma multicultural e intracultural sin pérdida de la libertad de pensar por encima de los errores y prejuicios de la sociedad y el tiempo en que se vive; y la participación como práctica

subyacente del espíritu democrático de la sociedad global. Finalmente, la universidad tiene otra gran pregunta que contestar en función del conocimiento: ¿para qué? La respuesta está en hacer frente a la permanente revolución estética como esa dimensión del hombre que busca la belleza, la armonía dentro del caos y el cultivo del espíritu; y a la revolución ética como conjunto de valores opuestos a la destrucción del hombre y su hábitat, a la intolerancia, al autoritarismo y a la corrupción material o de las ideas.

Todas estas explosiones y sus ondas expansivas no vienen dadas siempre por esquemas lineales preconcebidos, organizados y simplificados. El mundo del conocimiento se mueve entre esquemas complejos de certeza y de incertidumbre. Sin embargo, la universidad y el sistema educativo en general, enseñan a manejar variables de procesos estáticos, modelos de predicción basados en series históricas, diseños curriculares lineales y verticales, solución de problemas que ya se han resuelto como un ejercicio de la memoria, aprendizaje pasivo y una precaria información en el cada día más inabarcable mundo del conocimiento.

La universidad debe ante todo enseñar a pensar, crear la actitud hacia el riesgo de pensar, ejercitar el sentido común y dar rienda suelta a la imaginación creadora. Más que a dar información, hay que estimular al sujeto que descubra el lugar donde se encuentra, a enseñarle cómo seleccionarla y utilizarla. Hay que enseñar para esquemas de incertidumbre que no es sino la vida misma. Una educación flexible para adaptarse a los cambios. Un adecuado equilibrio entre la generalidad y la especialidad. Una educación permanente inserta en la propia dinámica de la mutación e incertidumbre de la sociedad que no sólo exige poseer los conocimientos y técnicas para el desempeño de sus miembros en el mundo de hoy, sino, fundamentalmente su capacitación para aprender, reaprender y desaprender sin pausa como única solución para adaptarse al futuro.

No hay duda que la institución de educación superior por sí misma no puede hacer frente a un desafío que corresponde a toda la sociedad. Pero si alguna institución debería ser rectora en contribuir a balancear el pensamiento utópico y el pragmático, a renovar la práctica democrática, a formar el sentido ético y estético de la sociedad, a ser el motor de una nueva renovación del espíritu, esa institución es la universidad. Pero antes tendrá ella misma que cambiar, que regresar a esa misión de centrar su energía en el sujeto que aprende y no en el sujeto que enseña o administra, en hacer de su propia misión un ejercicio ético profesional lejos de la vanidad y la soberbia, capaz de sentir y actuar en beneficio del que sufre, capaz de compartir su conocimiento de la vida y dar gracias por la singular oportunidad de formar parte de un grupo privilegiado de la sociedad al que se le paga por cultivar la más maravillosa de las capacidades humanas.

Finalmente el perfil del profesional universitario de hoy, como puede observarse en los estudios sobre empleo altamente calificado de países de gran desarrollo industrial y en buena parte de los estudios "country notes" de la OECD en

relación a los primeros años de la educación terciaria o postsecundaria, apuestan por un profesional formado dentro de un currículum flexible, con la habilidad cognitiva de resolución de problemas, con amplia capacidad para adaptarse a nuevos procesos y tecnologías, una gran dosis de creatividad y con una firme actitud hacia una educación a lo largo de la vida o permanente (*lifelong education*). Hoy día, la formación universitaria se orienta a títulos terminales, se basa generalmente en planes de estudio rígidos, con cambios muy lentos que en nada se relacionan con el ritmo de vértigo de la acumulación de conocimientos. Por ejemplo, según potenciales empleadores en Bélgica y Suecia -dos de los países con más baja tasa de desempleo universitario, el 2,2% y 2,1% respectivamente, según OECD (*Lifelong Learning for All*, Paris, 1996; Tabla 1.15S. Se estima que los graduados universitarios, si bien se caracterizan por ser muy trabajadores y con excelentes conocimientos en su área de especialización, tienen mala preparación en las habilidades genéricas y en las predisposiciones o actitudes hacia la creatividad, adaptabilidad y flexibilidad. Este análisis también es compartido por otros países (*Thematic Review of the First Years of Tertiary Education*: Alemania, Australia, Bélgica, Dinamarca, Japón, Noruega, Nueva Zelanda, Reino Unido, Suecia, y el estado de Virginia en los Estados Unidos; París, 1997).

Similares resultados se obtuvieron en la encuesta de trabajo muy calificado del sur del estado de la Florida de EE.UU. aplicada a empresas multinacionales de alta tecnología y del sector servicios. Lo que en ningún caso estas empresas pudieron determinar fueron los perfiles profesionales definidos en lapsos mayores a diez años y en muchos casos a sólo cinco años. Esto no debe asombrarnos. Véase solamente por ejemplo, el espectacular salto que dio el sistema Internet entre 1994 y 1998, que tomó por sorpresa a múltiples empresas de hardware y software y exigió rápidos sistemas de reciclaje de muchos de sus profesionales. Es precisamente en esta área de informática en que se están produciendo enormes cantidades de despidos y alto desempleo, en parte por el énfasis puesto en los setenta y ochenta en crear gran cantidad de ingenieros de hardware y arquitectura de sistemas complejos de computación, dentro de esquemas rígidos curriculares, además, por supuesto, por la fusión estratégica de grandes empresas del sector informático. En este mismo segundo semestre de 1998 la empresa Compaq anunció que con la adquisición de Digital que la convierte en el segundo fabricante mundial de computadoras después de IBM, eliminan 20.000 empleos de todos los niveles de entre los 31,500 empleados en todo el mundo (Houston, AP, 29 de junio de 1998).

Sin embargo, todos los estudios apuntan a que la enseñanza postsecundaria, universitaria o no universitaria, está claramente asociada a mayores ingresos individuales, menos desempleo y mayores habilidades para la promoción social. En el caso de los 25 países de alta o media industrialización reportados por la OCDE, casi todos ellos no llegan al 5% de tasa de desempleo en personas con algún tipo de educación superior en edades comprendidas entre 25 y 64



años, a excepción de España con 13,8% y Francia, Grecia e Italia con un 7%. En aquellos países con educación inferior a estudios secundarios estas tasas son mayores. Por ejemplo, el mismo caso de España llega casi al 20% (OCDE, *Education at Glance - Indicators*, Paris, 1997). De cualquier forma, las tasas de desempleo de educación superior siguen siendo muy altas en los países del Norte y del Sur. En los casos de países industrializados como el español o el francés en donde gran parte de los profesionales universitarios eran contratados por la administración y empresas públicas se registra un alto paro post-universitario. (*The OECD Jobs Strategy*, París 1997). El aumento de estas tasas en los países en desarrollo es debido en buena parte también, a que el gran empleador universitario, el sistema estatal o gubernamental, se está reduciendo drásticamente, como parte del sistema de competitividad internacional y los nuevos enfoques político-económicos y a su vez, el sector privado no está en condiciones de absorber la oferta profesional excedente.

Según estudios del Banco Mundial, en Asia, Oriente Medio, Norte de Africa y algunos países de América Latina el desempleo universitario está en aumento. En Jordania, por ejemplo ascendió a 16,5% en 1991, en Egipto se pasó en apenas cinco años del 9,6% al 16%. En Venezuela entre 1981 y 1990 la tasa de desempleo se fue de un 4% al 10,3%. Semejantes proporciones afectan también a muchos de los antiguos países del bloque socialista al pasar empresas estatales a manos privadas y al dejar de ser el estado el gran empleador.

Es decir, que no se le puede achacar a la educación superior la única responsabilidad en el desempleo universitario, en la congruencia entre habilidades cognitivas, planes de estudio y mercado laboral. De hecho, ha existido gran especulación al respecto. Uno de los pocos trabajos rigurosos realizados en este sentido por Howell y Wolff (*Trends in Growth and Distribution of Skills in the U.S. Workplace, Industrial and Labor Relations Review*, 44, 1991) no encuentra que el aumento de habilidades cognitivas en el profesional esté vinculado con las exigencias de la evolución del mercado de trabajo. Por el contrario, pudieron determinar que la tasa media del crecimiento de dichas habilidades exigidas por ese mercado descendió del 0,7% anual en los sesenta a 0,6 en los setenta y a 0,3% en los ochenta. El mercado de trabajo, si bien esta exigiendo habilidades cognitivas básicas está dando gran relevancia a las habilidades afectivas y actitudinales.

Por otra parte, las previsiones para la década de los ochenta tanto de la Comunidad Europea como del gobierno de Estados Unidos sobre las profesiones del futuro para comienzos de siglo apenas coincidieron con la realidad. Lo que se estimaba que iba a ocurrir a partir del 2001, sucedió a finales de la década de los ochenta y comienzos de los noventa. Las previsiones se adelantaron diez años. (M.A. Escotet, *Aprender para el futuro*, Alianza Editorial, Madrid, 1992)

Las áreas profesiones que se perfilan para los próximos años se orientan a dos grandes áreas: altas tecnologías en electrónica, informática aplicada,

acuicultura, agroenergética, biotecnología, física de altas energías y áreas afines. Se perfilan nuevos profesionales como el ingeniero mecatrónico capaz de integrar la mecánica, electrónica, hidráulica, etc. y otras profesiones científico tecnológicas interdisciplinarias. La otra gran área está en el sector servicios. Diferentes tipos flexibles de gestión y administración continuarán teniendo gran importancia, especialmente con contenidos internacionales para responder al desafío de la globalidad de la economía. Asimismo, profesionales en los sistemas de información y comunicación con nuevos perfiles que se renovarán permanentemente a sí mismos, son previsiones que se hacen en estudios diversos. Según nuestros propios análisis, el sector servicios tendrá un espectacular crecimiento con el área de ocio y recreación. Cada vez la jornada laboral se irá reduciendo y el tiempo de ocio aumentando. Nuevas profesiones en ciencias humanas como la ludicadología que integran psicología, pedagogía, ciencias de la información y tecnología de programas de educación, juego y creación, reemplazarán los viejos esquemas de profesiones unidisciplinarias.

En definitiva, la gran transformación profesional que nos viene exigirá mayor nivel interdisciplinario, una revitalización del grupo de disciplinas relacionadas con las esferas éticas y estéticas y un cambio total de actitud en profesores y estudiantes al pasar de una educación terminal a una educación permanente: es decir, el profesional del futuro estará atrapado de por vida en la educación, y educación y trabajo irán de la mano y no una a expensas de la otra.